

Nada, pues, de extraño tenia lo que hemos dicho de ella: nuestra conciencia de escritores nos ha obligado á ser algo difusos para que no se crea inverosímil este personaje, aunque nos hubiera bastado citar como símiles comprobativos á doña María la Brava, la de Salamanca, que encerrándose en una habitacion con los matadores de sus hijos, acabó con ellos á estocadas; á doña María Teresa Pacheco, que un año despues de muerto su esposo Juan de Padilla, fué el bravo general de los Comuneros, y supo burlar, en fuerza de energía, la invencible fuerza del gran Carlos V huyendo á Portugal; á aquel bravo alférez de Pizarro, que murió en el Perú, y del cual no se supo que era mujer, y monja, hasta despues que murió; á María de Zaragoza, la heroina de la batería de Santa Engracia, y á otras tantas que seria prolijo enumerar.

Para los que conocen la historia, nada hubiéramos tenido que decir: la presentacion de una mujer fuerte no es mas que una nueva escepcion comprobada por otras muchas escepciones; pero nosotros escribimos para todo el mundo, y hé aquí la causa de nuestra digresion.

## IX.

La sultana Zayda Fatima era lo que el alcázar moro donde habia nacido: una delicadísima belleza dentro de una armadura de guerra; un eden de delicados y puros sentimientos, defendido por una fuerza bravía; era un símbolo viviente de las creencias y de la manera de ser de su raza.

Continuemos.

## CAPITULO VI.

DE LA MALA AVENTURA QUE LE ACONTECIO AL INFANTE DON PEDRO DE ARAGON.

## I.

No tuvieron que esperar mucho tiempo los aventureros á que los llamase la bocina de su capitan, ni la infanta Zayda Fatima pudo pasar en su monólogo mas allá del punto donde le dejamos, y en el cual fué cortada por el ruido creciente de la carrera á rienda suelta de dos caballos que se acercaban.

Zayda Fatima se puso de pié y adelantó hácia el camino.

Poco despues llegaron los dos aventureros que habia destacado para que el camino reconociesen.

—¿Qué sucede? dijo Zayda Fatima en cuanto se detuvieron junto á ella.

—Sucede, capitan, dijo uno de ellos, que cuando llegamos á los peñascales y al mismo punto donde está enterrado Pero Rojo, como nos hubiésemos detenido para escuchar, á fuer de buenos ojeadores, oimos á lo lejos son de arneses y marcha de



caballos que venian al paso. En el instante nos volvimos, apretamos los acicates á los caballos, y aquí nos teneis.

—Deben venir muy lejos aún, dijo Zayda Fatima.

—Tiempo hay sobrado, dijo el otro aventurero, para cabalgar y salirles al encuentro si os placiere.

—Id á la espesura y mandad á los otros que vengan, dijo Zayda Fatima.

Los dos aventureros se alejaron al trote hácia el principio de la selva.

Zayda Fatima se arrodilló de nuevo ante la cruz, y oró.

## II.

Para ella, y atendido el amor que profesaba á la reina doña María, aquellas circunstancias eran gravísimas: la reina estaba en Valladolid con el rey su hijo rodeada de traidores.

Se pretendia imponerla por la fuerza, segun creia Zayda Fatima, atendido el carácter de la reina y el amor que guardaba á su difunto marido, su casamiento con el infante de Aragon don Pedro.

Otro infante traidor, don Juan, á quien aquel casamiento no convenia, porque le anulaba, habia encargado el asesinato oscuro del infante de Aragon á unos aventureros capaces de todo, á cuyo frente la habia puesto de una manera estraña la Providencia.

¿Qué debia hacer Zayda Fatima? Lo ignoraba: todo menos un asesinato; pero prescindiendo de este, la situacion era difícilísima.

¿Qué debia hacer? No lo sabia.

Por lo mismo oraba á Dios para que la iluminase.

## III.

Llegaron Ciervo-veloz, Farfan, los cuatro escuderos de Zayda Fatima, y los otros aventureros.

Uno de sus escuderos presentó á Zayda Fatima, que se habia levantado de al pié de la cruz, su caballo.

Zayda Fatima cabalgó, la dió otro escudero su adarga y su lanza, y mandando á su gente que cabalgase y la siguiese, rompió la marcha, yendo al encuentro de los ginetes, que segun la habian dicho, avanzaban hácia Valladolid.

## IV.

Durante media hora nada se encontró, nada se oyó.

Zayda Fatima y su gente caminaban al paso.

Al fin, allá á lo lejos, se escuchó confuso rumor de arneses y de pasos de caballos.

—Embrazad las adargas y terciad las lanzas, dijo Zayda Fatima con la energía de un capitán veterano, y al trote.

El escuadron se deslizó sobre el camino y bajo la sombra, raudo y sonoro como el viento de la tempestad.

A poco se sintió ya cerca otro escuadron que avanzaba tambien al trote.

—¡Alto y atentos! gritó Zayda Fatima á su gente, que en el mismo punto reprimió sus caballos y se detuvo.

Zayda Fatima siguió al trote un corto espacio, y cuando juzgó que los que venian podian oirla, gritó:

—¡Téngase allá la gente que viene!

Detúvose aquel escuadron, obedeciendo á una voz robusta que le mandó hacer alto.



Luego, aquella voz robusta, nerviosa é impaciente, dijo:

—¿Y á quién he de tenerme?

—A los Hermanos de la Selva, contestó Zayda Fatima.

—Háganse á un lado esos hermanos y dejen libre la vía, ó pasaré por cima.

—¿Sois don Pedro de Aragon? preguntó Zayda Fatima.

—Yo soy, contestó el mismo caballero que habia hablado antes.

—¿Vais á Valladolid?

—A Valladolid voy.

—Pues no pasareis sin hablar conmigo.

—¿Amigos! dijo el infante volviéndose á los suyos: ¡lanzas en ristre y á la ventura de Dios!

—¿A mí los Hermanos de la Selva! ¡Que nadie toque al caballero de la sobrevesta blanca!

Blanca era la sobrevesta del infante don Pedro.

## V.

Un momento despues, los dos escuadrones se habian embes-tido.

Algunos hombres de una y otra parte habian caido de los ar-zones, y gritaban pisados por los caballos.

Los Hermanos de la Selva eran superiores en número á los del infante de Aragon, y como aventureros de oficio, estaban mejor montados y mejor armados.

Zayda Fatima se ocupaba, mas que en combatir, en proteger al infante don Pedro.

No se oia mas que el violento revolver de los caballos y el ruido áspero, terrible, de las espadas, de las hachas y de las ma-zas sobre las adargas y los arneses, y las imprecaciones de los unos y de los otros.

Pero en fin, como que el infante venia mal prevenido, con poca gente, y esta allegadiza, los Hermanos de la Selva ganaron en muy poco tiempo una gran ventaja.

¿Y cómo no? Adonde alcanzaba la formidable maza de Farfan, venia un hombre al suelo, magullado, destrozado, para no vol-verse á levantar mas: donde metia su caballo Ciervo-veloz, apor-tillaba: donde caia Zayda Fatima con sus cuatro escuderos, que no se separaban de ella un momento, iba el huracan.

Al fin, el infante, viendo á su gente dominada, se salió del camino y dió á huir campo atravesia.

—¿Ah, no, no! no se me os escapareis, señor infante, dijo Zayda Fatima arremetiendo tras él: deteneos; no me dejeis ver una cobardía indigna de vuestra prosapia: un caballero tal como vos, muere y no huye.

## VI.

Avergonzado sin duda el infante, revolvió su caballo; pero lo revolvió tan mal, que perdió tierra, y cayó, arrastrando á su ginete.

—¿Rendíos á los Hermanos de la Selva! le dijo Zayda Fatima poniendo junto á él su caballo y amagándole con la lanza.

—¿No me mateis, que me rindo! dijo el infante; y si os han pagado porque me mateis, yo os pagaré mas porque me dejeis con vida.

—Os habeis encontrado con caballeros y leales servidores de la reina, no con asesinos; con caballeros que podrán mataros hoy, mañana y luego, si enemigo de la reina sois; pero que no toma-rán el precio de vuestra sangre: levantadle, amigos; dadle un caballo, recoged los heridos, y á la selva.

—Todos los que están en el suelo menos este caballero, dijo Farfan, están con Dios.

—¿Pues que Dios los perdone! dijo estremeciéndose ligera-mente Zayda Fatima.



Y como el infante hubiese ya cabalgado, Zayda Fatima le dijo:

—Dadme vuestra espada en señal de que sois mi prisionero, y seguid á mi lado.

—Tomad, dijo el infante; y ved que os doy la espada de un rey; porque esta fué espada del rey don Jaime de Aragon, mi padre.

—Callarlo debiérais en tal caso, dijo Zayda Fatima.

Y tomando la espada del infante, la besó en el pomo como para satisfacer al valiente padre difunto de la cobardía del hijo, y la atravesó en su talabarte.

—Ved aquí que con ella me quedo, dijo Zayda Fatima, hasta que la rescateis á lanzadas, infante: yo tenia una espada sin nombre, una buena espada vieja que sabe Dios de quién fué, y me alegro de haber ganado la espada de un rey; porque si vos sois infante, yo tambien lo soy.

—¿Y de dónde sois vos infante? exclamó don Pedro.

—De mi casa.

—¿Y cuál es vuestra casa?

—La que Dios sabe.

—¿Sereis acaso el infante don Juan Manuel?

—No; el infante don Juan Manuel está allá en Valladolid muy entretenido en hacer trovas á las damas de la reina para consolarse de unos amores que le salieron muy mal.

—No conozco en Castilla ningun infante jóven como no sea el infante don Juan Manuel; y aun así, no le conozco mas que de nombre, porque no le he visto nunca.

—¿Y qué, no hay otra casa de rey de la cual pueda ser yo, mas que la de Castilla, la de Aragon ó la de Portugal? El mundo es muy grande, y hay en él muchos hijos de rey, desde las Indias á la Gran Tartaria.

—Hablais como vuestra lengua propia el castellano.

—Pero con algo de acento extranjero, si lo notais bien.

—Es verdad; vos no sois de estos reinos de España.

—Mi familia viene de mas allá.

—¿Servís á la reina?

—Sí, pero la reina lo ignora.

—¿Y cómo eso?

—La reina no sabe que yo ando en su defensa por esos mundos de Dios, armado hasta los dientes.

—Quiero conoceros, dijo el infante.

—Vereisme bien la cara dentro de un poco, cuando tengamos luz: el nombre de que me valgo para encubrir el mio es Gutierre de Silva; mi sobrenombre de guerra, el caballero del Aguila Roja; mi situacion, capitan de los bravos aventureros que se sobrenombran los Hermanos de la Selva.

—Ya me habian dicho que pasase bien apercebido por el Abrojo, que era posible que me armase alguna celada el infante don Juan.

—Lo cual os ha dicho el infante don Enrique el Senador: os habeis puesto entre dos traidores, infante don Pedro: bien es verdad que ese es vuestro lugar, porque no habeis venido á Castilla mas que para una traicion.

—Amo á la reina doña María.

—Amais la corona; porque una vez unido con la reina, y como la reina es sobrina del Santo rey don Fernando, y como la verdad es que todos los que no son ambiciosos en sus reinos la aman porque conocen su virtud, vos os habeis dicho: La reina será siempre la reina; cuando mas, dejaremos una sombra de rey á don Fernando el IV, desmembraremos en nuestro provecho la corona, y cuando la hayamos desmembrado bien, haremos que Aragon se trague á Castilla. Habeis soñado, infante, y al despertar os encontrais mi prisionero.

## VII.

Se oyó entonces el sonido de una bocina.

—¿Qué es eso? dijo deteniéndose Zayda Fatima.

—Eso es, contestó Farfan, que hácia nosotros se viene un escuadron de lanzas, y nos avisa para que nos detengamos.